



Jordi
Llobregat Donde no
llegan las sombras



DESTINO

I

Quince años antes

Las llamas envolvían el edificio bajo la tormenta. Repetaban por techos y paredes, recorrían los pasillos, irrumpían en las habitaciones, en los elegantes salones, en la capilla, en las cocinas y los despachos. Nada escapaba a su ira. Largas lenguas de fuego asomaban al exterior por los altos ventanales. La misma torre del reloj, que unas pocas horas antes se alzaba orgullosa sobre el valle, se había convertido en una tea ardiente a punto de desmoronarse.

Apoyado en una piedra, el hombre permanecía en silencio mientras la lluvia le empapaba. En sus mejillas húmedas bailaba el reflejo del fuego. El calor era insoportable, pero no se apartaba. El brazo izquierdo le colgaba inerte a un lado del cuerpo. Las ampollas trepaban por él hasta el codo y parte de la piel había desaparecido. Indiferente al dolor, solo tenía ojos para el edificio, que se retorció sobre sí mismo entre cruji-dos y lamentos de agonía.

Había creído que aquel lugar podía ser un refugio. Lejos de todo, en un valle cuyo nombre le pareció una premonición: la Vall Fosca. La oscuridad. El olvido. Estaba convencido de que allí podría dejar atrás, de

una vez por todas, el pasado, pero, en su lugar, solo había servido para despertarlo de nuevo.

Su mano sana sostenía un manojo de pequeñas flores. Sus dedos las desmenuzaban sin darse cuenta y el aire empujaba los restos, mezclados con sus lágrimas, por encima de las aguas del lago.

Alguien le llamó por su nombre, pero lo ignoró. Sabía que esa voz solo existía en su cabeza. Los últimos años había conseguido contenerla, pero ahora se removía en su interior como un animal enjaulado. Sentía su impaciencia, sus exigencias, sus ruegos. Le pedía que lo liberara. Otra vez. Esa noche había accedido y aquel era el resultado. No debía repetirse, nunca más. Lo borraría de su memoria. Cambiaría de nombre. Iría más lejos que nunca con tal de que no encontrara jamás el camino de vuelta.

Un estruendo, que se multiplicó como un eco por las montañas, lo sacó de sus pensamientos. Una sección del techo había cedido, levantando una nube de chispas. Las llamas, libres de obstáculos, se alzaron en el aire rasgando el cielo nocturno, para caer unos segundos después sobre los restos del edificio que aún quedaban en pie. Solo entonces, el hombre se levantó y comenzó a caminar hacia la oscuridad sin volver la vista atrás.

2

Hoy

Gorda imbécil.

En la mente de Martina se repiten una y otra vez las mismas palabras. Intenta pensar en otra cosa, pero fracasa. Se restriega la manga del vestido por los ojos llorosos y pedalea con toda la fuerza que le permiten las piernas. Apenas consigue mantener el equilibrio sobre la bicicleta.

Esta vez ha sido durante la hora del recreo. La han acorralado detrás de la fuente mientras Ramón, el profesor al que le tocaba vigilar el patio, charlaba con la de gimnasia. No la tocan. No hace falta. Escucha su coro de burlas mientras ella se acurruca en el suelo tapándose la cara con las manos. Siente sus escupitajos sobre la ropa, los brazos y el pelo. Le quitan la cartera y la vacían en el suelo. Pisotean su almuerzo entre risas mientras le gritan: «¡Gorda imbécil!».

Martina intenta controlar los nervios mientras avanza por el arcén de la carretera. Hoy, al sonar el timbre que anuncia el fin de las clases de la tarde, estaba preparada y, antes de que pudieran evitarlo, ha salido la

primera. Algunas veces la esperan fuera del colegio, donde nadie puede protegerla. En esta ocasión, sin embargo, ha sido más lista.

Pedalea con la mirada fija al frente. El camino es largo, aunque no tiene pérdida si sigue el curso del río. Atraviesa varias zonas boscosas donde nunca llega el sol. De vez en cuando, alguna masía aislada se asoma entre los árboles. Invariablemente, su mente se llena de las terribles historias sobre animales salvajes y monstruos que pueblan aquellas montañas. Le dicen que no debe tener miedo, pues, como no dejan de repetirle, ya está dejando de ser una niña, pero ella no se siente así. Para nada.

Hace unos meses que se ha mudado allí, a la casa de su tía. La única familia que le queda. No consigue acostumbrarse al frío, ni a las tormentas, ni tampoco al silencio de las noches. Simplemente, ella no pertenece a aquel lugar, y si en algún momento lo olvida, otros se encargan de recordárselo. Odia el pueblo. Odia el colegio. Odia a aquellos niños que no la dejan en paz. Desde que sus padres murieron todo ha ido a peor. Los echa terriblemente de menos. Ojalá..., ojalá hubiera muerto con ellos.

Unas voces a su espalda la sobresaltan. Varios niños pedalean en su misma dirección un centenar de metros atrás. Avanzan ajenos a su presencia, entre risas y bromas. Ella los reconoce de inmediato.

Se inclina sobre el manillar e intenta imprimir velocidad a su vieja bicicleta, pero justo en ese momento empieza una cuesta. Resoplando, se pone de pie sobre los pedales como ha visto hacer a otros, pero no consigue ir mucho más rápido. Segundos después oye unos gritos a su espalda. Le parece oír su nombre. Los niños la señalan.

Martina suelta un sollozo. Tiembla tanto que casi pierde pie. No obstante, al mirar hacia delante siente renacer la esperanza. Ha reconocido, entre los árboles, la forma cuadrada de la ermita de Sant Martí, eso significa que está más cerca de lo que creía. Si consigue llegar arriba antes de que la alcancen, apenas le faltarán unos trescientos metros de bajada para llegar a casa. Una vez allí, estará a salvo.

Las piernas se le vuelven bloques de piedra con cada vuelta de pedal. Tiene la mirada borrosa por las lágrimas. Resopla y siente el sudor bajo la camiseta. El pecho le duele y se pregunta si es posible que una niña sufra un ataque al corazón. A su espalda, oye las voces de sus compañeros con claridad. Se están acercando, pero ella solo mira hacia delante. Apenas le quedan unos metros para terminar la cuesta, pero le parece un mundo. Ignorando el dolor que siente por todo el cuerpo, cierra las manos con fuerza alrededor del manillar, aprieta los dientes y sigue pedaleando.

De repente, cuando está a punto de desfallecer, desaparece la resistencia que tiraba de ella hacia atrás. El cambio repentino la hace trastabillar. El pie derecho se le resbala y el pedal le golpea el tobillo, pero se mantiene sobre la bici, que avanza por sí sola. Ha alcanzado la cima. Le gustaría gritar eufórica, pero no puede. Apenas consigue respirar. Se detiene y vuelve la cabeza para comprobar dónde se encuentran sus perseguidores.

Toda su alegría desaparece cuando ve que ya han empezado a subir la cuesta. Ellos van mucho más deprisa. Se da cuenta de que no conseguirá llegar a la casa antes de que la alcancen. Desesperada, ruega para que aparezca algún coche. Cruzaría su bici en medio de la carretera y lo pararía. Se tumbaría sobre el asfalto

si hiciera falta. Pero ya sabe que, a aquellas horas, por allí no pasa nadie. Mira a su alrededor, buscando alguna otra salida, mientras sus labios murmuran una y otra vez: «Por favor, por favor, por favor...». Es entonces cuando cree ver algo junto al arcén.

Al acercarse, descubre que se trata de un viejo mojón de carretera. No lo había visto en ninguna de las anteriores ocasiones en que había pasado por allí. Se da cuenta de que tan solo es visible desde la posición donde ella se ha detenido, pero apenas repara en él. Sus ojos se han desplazado a su derecha, desde donde, oculto por la maleza, parte un sendero que, unos metros más adelante, vuelve a desaparecer bajo los árboles.

Martina levanta la mirada. El sol empieza a esconderse tras las montañas. Pronto se hará de noche. Vuelve a mirar hacia sus compañeros de clase. Desde allí no pueden verla todavía, pero están ya muy cerca. Ve sus caras enrojecidas por el esfuerzo. Oye sus chillidos anticipando la diversión. Mira de nuevo hacia los árboles; justo entonces una ráfaga de aire se desliza entre sus troncos retorcidos y se oye una especie de gemido, lo que hace que recuerde otra vez las historias, y se estremece. Sin embargo, son los últimos gritos de sus perseguidores los que acaban por decidirla. Coge con fuerza el manillar y se interna con su bicicleta por el sendero. La maleza se cierra tras ella, como si nadie hubiera pasado por allí. Unos metros más adelante, las sombras del bosque la engullen y Martina desaparece.

I

Los monstruos son reales, los fantasmas también: viven dentro de nosotros y, a veces, ganan.

STEPHEN KING

3

El todoterreno de la policía encaró el último tramo del camino. La tormenta había convertido el sendero de tierra en un arroyo. El coche cabeceaba de un costado a otro cada vez que las ruedas patinaban entre las piedras y el fango, lo que obligaba a Alain a sujetar el volante con tanta fuerza que le dolían las palmas de las manos. Tras el cristal, cubierto de vaho, sus ojos no perdían de vista el trazo borroso del camino. La lluvia, impulsada por las rachas de viento, golpeaba el coche, y los limpiaparabrisas apenas conseguían cumplir con su función el tiempo suficiente antes de la siguiente embestida del agua.

Tras unos minutos que se le hicieron eternos, el coche encaró el último repecho y el camino desembocó en un claro envuelto en jirones de niebla. Unos metros más allá, tras unos árboles, el joven policía distinguió las formas de la cabaña. Tomó aire y lo dejó salir despacio, intentando ignorar los nervios de su estómago.

Aparcó junto a unos postes de madera de los que colgaba un cable electrificado que delimitaba el terreno. Al apagar el motor se hizo de repente el silencio, excepto por el golpeteo de la lluvia sobre el capó. Alain salió del vehículo y el viento le zarandeó, arrancándole la capucha y obligándole a sujetar la puerta. Mientras

se ajustaba la chaqueta, miró a su espalda. Sabía que era producto de su imaginación, pero en aquel lugar siempre se sentía observado. La luz del atardecer, ya en retirada, dejaba paso a las sombras que empezaban a cubrir todos los rincones del valle. Como si estuviera en suspenso, la quietud dominaba el aire. Se preguntó quién querría vivir en un lugar tan aislado que incluso el silencio daba miedo.

Recordó todo lo que se decía de ella. Unos afirmaban que era inestable e imprevisible. Algunos creían que la desaparición de su hermana veintitrés años antes la había trastornado hasta el punto de abandonarlo todo e irse a vivir a un sitio tan remoto como aquel. Otros directamente pensaban que estaba loca y que eso la hacía muy peligrosa. Desde luego, él sabía bien que Álex Serra, exsubinspectora de policía y antigua jefa suya, era muchas de esas cosas y algunas más.

Las botas se le hundieron en el barro. El camino hasta la cabaña fue una sucesión de chapoteos. La construcción tenía el aspecto de resistir cualquier temporal: se alzaba rotunda a dos alturas, con muros de mampostería de granito en la base y travesaños de pino. El techo a dos aguas, cubierto con tejas de pizarra negra, brillaba bajo la lluvia, y de la chimenea brotaba un hilo de humo. La casa la habían levantado junto al precipicio que se abría a su espalda. La niebla ocultaba el paisaje. En un día claro, las vistas debían de ser escalofriantes.

A la izquierda, junto a un montón de leña, vio aparcado un Wrangler X Sport, un coche enorme en comparación con su dueña. Lo había comprado hacía poco, de segunda mano. El anterior había terminado destrozado tras una avalancha y tan solo un milagro había hecho que su ocupante sobreviviera.

Alain subió las escaleras que daban al porche. Nadie salió a recibirle, lo que le resultó extraño. Empujó la puerta, pero estaba cerrada. Pegó la cara al cristal de una ventana. Dentro estaba tan oscuro que no se veía nada.

—¿Hola?

Entonces un disparo rasgó el aire.

Alain se tiró al suelo, golpeándose contra las tablas de madera. Buscó el arma que llevaba bajo la chaqueta mientras miraba alrededor. La lluvia arreciaba y la niebla apenas dejaba ver unos metros más allá.

Un nuevo disparo siguió al primero.

Le pareció que sonaban a su izquierda. Muy cerca. Avanzó agachado, pegado a la pared de troncos de la cabaña, manteniendo el revólver junto a su pierna, tal y como le habían enseñado en la academia. Él era técnico forense, maldita sea. Nunca había disparado estando de servicio. Cuando entró en el cuerpo, a duras penas había conseguido pasar las pruebas de tiro. Las armas no eran su fuerte. En realidad, si hubiera podido, se hubiera negado a llevar una.

Se limpió el agua que le empapaba el rostro y se dio cuenta de que le temblaba la mano.

Junto a la casa se alzaba una caseta rodeada de malas hierbas. Recordaba que allí guardaba el viejo generador. La puerta estaba entreabierta y se movía a merced de las rachas de viento. Estaba pensando qué hacer cuando se oyó un nuevo disparo que arrancó unas astillas de la pared de troncos por encima de su cabeza. Eso le impulsó a tomar una decisión. Atravesó a la carrera el par de metros que le separaba de la caseta y se lanzó a su interior. Chocó contra una mesa, y varias cajas de plástico con macetas y tierra cayeron al suelo. Ahogó un gemido. ¡Le estaban disparando! El corazón le latía

desbocado. Intentó recordar el entrenamiento. Tomó aire y lo dejó salir lentamente para calmarse. Se arrodilló y, asomándose por la puerta, apuntó con la pistola hacia el bosque.

—¡Agente de policía! ¡Ti...re el arma!

La tormenta pareció ahogar sus palabras. Nada se movía frente a él. Amartilló el arma y se dispuso a repetir el grito cuando una figura apareció entre los árboles. Le apuntó, aunque apenas conseguía mantener la pistola alzada. La figura, que se hizo más nítida según se acercaba, llevaba los brazos en alto. Iba enfundada en un chubasquero y calzada con unas botas altas. Al llegar a dos metros de él bajó las manos. Su voz resonó acompasada con el estallido de un relámpago.

—Maldita sea, Alain, ¿se puede saber qué haces ahí?